

LA MANZANA PODRIDA

De camino a mi nuevo hogar, mientras veía moverse el paisaje a través de la ventana trasera del taxi, iba pensando en todo lo que dejaba atrás. Ese pequeño pueblo con el salitre impregnando cada esquina y mimetizándose con la cal de las paredes de las casas. Aquel cielo impoluto con algún desconchón blanco, que nada se parecía al cielo taciturno de esta ciudad. Los olores de la huerta, con aromáticos romeros, tomillos y albahacas, que inundaban mi boca al saborear los platos que cocinaba mi madre. Los sonidos y el silencio jugando al pillapilla, persiguiéndose mutuamente en un perfecto equilibrio sin dejar que uno predominara sobre el otro. Sabía que lo iba a echar mucho de menos, pero estaba allí para cumplir un sueño. Los rascacielos se perfilaban en la bruma e iban adquiriendo más protagonismo a medida que nos acercábamos. Los primeros acordes me hicieron sonreír, no pude evitarlo y todos los pensamientos de añoranza desaparecieron de la mente. Sinatra cantaba “New York New York” mientras cruzábamos el puente de Brooklyn y la gran manzana nos engullía.

Tuve la suerte de poder vivir en el apartamento que mi tío tenía en Manhattan, pagando una renta antigua insultantemente baja. Era un edificio viejo, sin ascensor y con cuatro vecinos por rellano, a los cuales, cinco años después de mi llegada, sigo sin conocer. La ilusión de aquellos primeros meses consiguió disfrazar la realidad de aquel zulo y convertirlo en un hogar acogedor. Más tarde acabaría siendo lo que realmente fue desde un inicio, un refugio lúgubre donde esconderse y olvidarse del exterior.

Lo miraba todo con ojos de recién llegado, sin poder, ni querer, disimular la emoción de estar allí. Cualquier pequeño detalle me parecía fascinante y lo vivía intensamente. Me comparaba con todos los personajes de la historia que habían hecho

famosa aquella ciudad. Al caminar por encima de las rejillas de ventilación del metro, me creía Marilyn; y cuando asomaba el Empire State entre sus vecinos imponentes, me imaginaba a King Kong trepando por la fachada. Pasaban las semanas y, aunque cueste de creer, aún no había conseguido entablar amistad con ninguno de los ocho millones de habitantes que inundan la ciudad de Nueva York. La gente vagaba por las calles sin prestar atención absolutamente a nada y, mucho menos, a nadie. Como si el flautista de Hamelin se hubiera mudado a la Gran Manzana y tocara su melodía hipnotizando a la masa que, desprovista de voluntad, se movía con la inercia de la urbe. No tardé en dejarme llevar yo también por esa cadencia, tras varios intentos de conectar visualmente con mis congéneres y encontrarme con una colección de miradas vacías, en algunos casos, y desafiantes en muchos otros. Mis ojos dejaron de buscar esa calidez humana que la ciudad había conseguido apagar. Alguien había plasmado mis pensamientos en un buzón: «*Too many humans, not enough souls*».

No perdía mi objetivo de vista, Wall Street, y seguía con ilusión y mucho esfuerzo las clases del máster que estaba haciendo. Al no tener vida social, me pasaba las horas estudiando en mi particular encierro, viendo a través de la ventana los peldaños de las escaleras de incendio, que simulaban las rejas de una pequeña prisión. Para conseguir el sueño americano no tenía suficiente con los estudios, necesitaba otra cosa mucho más importante, los contactos, y éstos estaban en los clubs de moda. Así que, empecé a vigilar muy bien en qué me gastaba los ahorros que había ido acumulando. No eran muchos, pero bien administrados podrían abrirme muchas puertas. Y lo digo literalmente, porque las entradas a algunos de esos locales llegaban a costar cientos de dólares.

Comía mal y poco, vestía ropa de las tiendas de segunda mano y caminaba, caminaba mucho para ahorrar en transporte. Cuando flaqueaba, llamaba a mi madre. No para contarle mis penas, buscando su consuelo, sino para decirle lo bien que me iba y lo feliz que era. De esta manera, explicando en voz alta esa falacia y adornándola con adjetivos superlativos, me autoconvencía y reforzaba la creencia en mi sueño.

Me había propuesto no juntarme con los guetos de extranjeros, evitando a toda costa a mis compatriotas, los griegos. Había tomado esa decisión porque quería conocer bien la sociedad americana o, al menos, la neoyorkina. Poco a poco fui haciendo algunos amigos, sobre todo compañeros de clase, pero pronto me di cuenta de que las amistades en la ciudad eran una transacción más, un *quid pro quo*. Algunos de mis colegas solo les interesaba mi compañía porque era guay tener un amigo foráneo. Así que, aprendí a sacarle provecho a esa situación y empecé a moverme por ambientes más glamurosos gracias a ser el nuevo juguete de mis amistades. Fue así como conseguí subir de peldaño y empecé a codearme con altos ejecutivos y personajes de moda.

Volví a recordar mis años de adolescencia cuando, queriendo aparentar más edad de la que tenía, me fumé mi primer cigarrillo. Ahora, me metía rallas de coca y anfetaminas, buscando la aceptación de aquella sociedad elitista. Comí de aquella fruta prohibida, que en otras partes del mundo recibe nombres tan sugerentes como Dorada, Gala, Reineta o Delicia. Bajé a los infiernos, pensando que era el camino más corto para tocar el cielo. Y en medio de aquella vorágine encontré una de las pocas almas de la ciudad.

Estaba sentado en las escaleras exteriores del portal de mi edificio, acurrucado sobre mí mismo, protegiéndome del frío de la calle. Había sido una mala noche. No

conseguía recordar cómo había perdido las llaves, la cartera y el móvil. Esperaba a que uno de mis desconocidos vecinos entrara o saliera del edificio, ya que el telefonillo se había mantenido mudo ante mis insistentes llamadas de atención. Una voz me despertó y al abrir los ojos me encontré con un humeante vaso de café justo delante de mí, sujetado por una mano temblorosa y arrugada, que se continuaba con un brazo cubierto de harapos mugrientos. Reseguí esa extremidad hasta fundirme con su mirada. Toda la calidez y humanidad que le faltaba a esa ciudad estaba concentrada en aquellos ojos. Toda la generosidad que no había encontrado durante aquellos años estaba en aquel gesto. Mi sueño se desvaneció como el humo que desprendía ese vaso de café.

Cristina Pereferrer Sánchez